

## LIBRO SEGUNDO

## LA POLÍTICA EXTERIOR DE LUIS XVI (1)

I. Vergennes. — II. La ambición de Austria y el equilibrio continental. — III. Preparación de la guerra contra Inglaterra. — IV. Primera fase de la guerra de la independencia americana (1778-1780). — V. El Congreso de Teschen y la liga de la neutralidad armada. — VI. Segunda fase de la guerra de la independencia americana (1780-1783). — VII. La paz de Versalles y el convenio de Constantinopla. — VIII. Fin de Vergennes (1784-1787). — IX. El ministerio de Montmorín.

## I. Vergennes.

Luis XVI sólo había de ser afortunado en la política exterior, parte del gobierno por la que se interesaba y en la que trabajaba con gusto. Respetaba las antiguas tradiciones diplomáticas, tenía el sentimiento de la dignidad nacional y le apenaba ver rebajada á Francia por la grandeza de Inglaterra y por la desmembración de Polonia y de Turquía y reducida á la condición de seccuz de Austria. Para que le ayudase á realizarla, tuvo el mérito de poner al frente de los Negocios extranjeros, después de la desgracia de Aiguillon, á Vergennes.

Nacido en Dijón en 1717, hijo de un presidente del Parlamento de Borgoña, Vergennes había adquirido gran experiencia en las misiones y embajadas que des-

(1) FUENTES: De Martens, *Recueil des principaux traités depuis 1761 jusqu'à présent*, Gottinga, 1817-1835, 8 vol. *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France*, pub. por el ministerio de Negocios extranjeros (vol. Austria, Baviera, Prusia, Rusia y Cerdeña. Mably, *Le droit public de l'Europe fondé sur les traités*, Ginebra, 1748, reeditada por Rousset, París, 1852, 3 vol. De Segur, *Politique de tous les cabinets de l'Europe pendant les règnes de Louis XV et Louis XVI*, París, 1801, 3 vol. *Josef II und Graf L. Cobenzl, ihr Briefwechsel*, publicado por Beer y von Friedler (Fontes rerum Austriacarum, 1901). Lauzún 'duque de', *Mémoires*, París, 1822, 2 vol. Chaubriand, *Mémoires d'Outre-tombe*, ed. Biré, París, 1898-1908, 4 vol. *Journal de Corberon*, pub. por Labande, París, 1901, 2 vol.

OBRAS DE CONSULTA: De Flassán, *Histoire générale et raisonnée de la diplomatie française*, París, 1811, 7 vol. Bonneville de Marsangy, *Le comte de Vergennes, son ambassade en Suède (1771-1774)*, París, 1898. De Bourges, *Vergennes, ses débuts diplomatiques*, en la «Rev. des quest. hist.» 1898. Tratchewsky, *La diplomatie de Vergennes ou la France et l'Allemagne sous Louis XVI*, en la «Rev. Hist.» t. XIV á XVI. Doniol, *Le comte de Vergennes et P. M. Hennin*, París, 1898. A. von Arneth, *Joseph II und Katharina von Russland*, Viena 1869. Droysen, *Geschichte der preussischen Politik*, Berlín, 1855-1856, 14 vol. Exner, *Frankreich und Niederrhein*, Berlín, 1856. J. Ranke, *Die deutschen Mächte und der Fürstenbund*, Leipzig, 1872, 2 vol. Hermann, *Geschichte des Russischen Staates*, Gotha, 1860, en el t. VI (t. XXXII de la colección «Gesch. der Europ. Staaten»). Waliszewski, *Le roman d'une impératrice*, París, 1893. Leger, *Histoire de l'Autriche Hongrie*, París, 1879. Sorel, *La question d'Orient au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1889. Danvila, *El reinado de Carlos III*, Madrid, 1894-1896, 6 vol. Duro, *Armada española*, Madrid, 1899, en el t. VII. Green, *Histoire du peuple anglais*, Monod, París, 1888, en el t. II.

empeñara cerca del elector de Tréveris en 1750, en el Congreso de Hannover en 1752, en Constantinopla desde 1754 á 1768, y en Suecia en 1771. Era un hombre honrado, de aspecto severo, con aire de magistrado, que no recibía visitas, se levantaba á las cuatro de la mañana, se acostaba á las diez de la noche y trabajaba en su despacho once horas diarias. No era un genio, antes bien se le acusaba de rutinario, de solemne, de «papamoscas», de verter «narcótico» en sus memorias; pero conocía los asuntos á fondo, su prudencia no le impedía ser enérgico en los momentos decisivos, sentía la pasión del bien público, tenía profundo patriotismo y era, por último, una inteligencia clara que sabía exactamente lo que tenía intención de hacer.

En una memoria de 8 de diciembre de 1774 expuso su plan: á la razón de Estado oponía el principio de la equidad y á la ley del más fuerte el respeto del derecho; reprobaba la política cínica de la triple alianza (Austria, Rusia y Prusia), aconsejaba á Luis XVI una política de probidad y declaraba que las conquistas eran más de temer que de ambicionar. Toda conquista, decía, es como «un peso» que, «puesto en los extremos,» debilita «el centro;» no quería, sin embargo el desarme, porque nunca se está más seguro de la paz que cuando «se está en situación de no temer la guerra.» Pero quería dotar á Francia de «consideración» bastante para que á su alrededor se agrupasen las potencias más débiles y para refrenar á las grandes potencias y restablecer la antigua política de equilibrio, y pretendía contener las ambiciones de Austria y de Inglaterra. Nunca se formuló un plan político más adecuado á una situación dada que aquel plan de Vergennes.

A fin de estar bien servido, Vergennes reorganizó el departamento de los Negocios extranjeros. De los cuatro negociados entre los cuales el trabajo estaba repartido, tres fueron instalados en París, en el muelle de los Theatinos, y el cuarto en Versalles; dos de los de París, designados con los nombres de «Negociado del Norte» y «Negociado del Mediodía,» recibían los despachos y trataban de las cuestiones que á éstos se referían; el tercero entendía de los asuntos de hacienda, gracias, pensiones, patentes, pasaportes, cartas de crédito y privilegios; el de Versalles, situado en un gran edificio, reunió todos los documentos, hasta entonces dispersos, de la correspondencia diplomática hasta 1598, redactó inventarios, tablas y resúmenes de negociaciones, recibió las colecciones geográficas de d'Anville y levantó los mapas y los planos de las regiones fronterizas. Vergennes quiso que este último negociado pudiese, en cualquier momento, poner á la vista del mi-

nistro el conjunto de las instrucciones dadas á los embajadores franceses de doscientos años á aquella parte. Al servicio de los cuatro negociados se pusieron veintitrés oficiales ó supernumerarios dirigidos por cuatro oficiales primeros, á quienes ayudaba un jurisperito para los asuntos contenciosos y para el formulario de los documentos. Un reglamento determinaba las horas de trabajo, la distribución de los asuntos, la apertura de la correspondencia y las horas de llegada y salida de los correos. Todo se trataba por escrito y todos los documentos eran analizados y clasificados metódicamente. Cada mañana los oficiales primeros sometían al examen del ministro el trabajo del día anterior, y cada noche expedían las correspondencias; y dos veces por semana Vergennes ponía al Consejo al corriente de su política por medio de resúmenes orales ó de memorias. Esta organización fué conservada por la Revolución y por el Imperio.

Los principales auxiliares de Vergennes fueron: el jefe del depósito Semonín, el historiógrafo Prieur; el jefe del negociado del Norte, Hennin; los dos hermanos Conrado y José Matías Gerard de Rayneval, que se sucedieron en la jefatura del negociado del Mediodía, y varios embajadores, como Breteuil en Viena, Juigné en San Petersburgo, Montmorín y Bourgoing en Madrid, Saint-Priest en Constantinopla y Noailles en Londres. El rey, seguro de la probidad de su ministro, contento de su modestia y enteramente de acuerdo con él, leía sus memorias y sus notas y ponía en ellas juiciosas observaciones. Tenía mucho cuidado en ocultar á la reina el trabajo de su diplomacia, de suerte que María Antonieta nunca supo dónde guardaba los papeles de Vergennes; en cambio, confiando en la discreción de Madama Adelaïda y políticamente de acuerdo con ella, pedía consejos y para ello encaminábase á sus habitaciones por una escalera secreta.

## II.—La ambición de Austria y el equilibrio continental

Austria se había aprovechado de la alianza de 1756 para engrandecerse á costa de Polonia y de Turquía y habiendo tomado gusto á los repartos de 1772 y 1774, tenía puestas sus miras, al Este, en la Moldavia, al Sur en los Estados de Venecia, al Oeste en la Baviera, en la Lorena, en donde había reinado el padre de José II, y en la Alsacia que había pertenecido casi por entero á los Habsburgo. El emperador, con la Baviera habría puesto en comunicación sus posesiones de Alemania con las de Lombardía; dominaba ya á Italia, puesto que tenía á su devoción al archiduque de Toscana, al duque de Módena y á las archiduquesas casadas con los Borbones de Parma y de Nápoles; y además Austria no renunciaba á recobrar su antigua dominación sobre Alemania, que una derrota de Prusia le habría devuelto.

El gabinete de Viena, aunque solía repetir que la alianza francesa le interesaba poco, sabía que le era indispensable; así es que á la muerte de Luis XV planteó la cuestión de «la alianza,» María Teresa y José II hicieron los mayores esfuerzos para impedir que se atentara contra ella, para lo cual contaban con la reina: «Todo el mundo cree—escribía el embajador de Inglaterra—que la reina influirá en el ánimo del rey,

y en este caso la corte de Viena dirigirá á Francia más aún que antes.»

La reina sostenía frecuente correspondencia (generalmente una carta cada mes) con su madre y con su hermano. «Sed buena alemana—le escribía María Teresa—porque ¿no es este el mejor modo de ser buena francesa?» ¿Y no es «contribuir á la prosperidad de Francia asegurar su tranquilidad?» El interés de los dos Estados exige que los soberanos de Francia y Austria permanezcan «íntimamente unidos;» por esto conviene que la reina adquiera y conserve sobre el ánimo «del rey un ascendiente entero y exclusivo.» Incitaba á María Antonieta á conquistar este poder, el abate de Vermond, su lector, quien veía todas las cartas que ella escribía á su madre y semanalmente entregaba al embajador del emperador una memoria sobre lo que acontecía en Versalles, entre los familiares del rey y de la reina. Además la corte de Viena había organizado en Versalles un servicio de espionaje y se había hecho suya á una parte de la servidumbre de la corte, de los que ocupaban altos cargos, de las personas de la alta sociedad y hasta de los empleados de los ministerios. El embajador del emperador dirigía toda la maniobra austriaca (1).

El conde de Mercy-Argenteau hacía en París vida de gran señor: desde 1778 tuvo un palacio magnífico en el bulevar Richelieu y una deliciosa casa de campo en Chennevières; su cocina, sus vinos, su vajilla, su mueblaje eran ensalzados; tenía los mejores carruajes de París; sostenía á una artista de ópera que estaba muy de moda, la célebre Rosalía Levaseur; frecuentaba el salón de la marquesa de Durfort y el del banquero Laborde, estaba relacionado con asentistas y cómicos, escuchaba y observaba en todas partes y era admitido en la intimidad de los ministros, de los príncipes, de la reina y del rey.

Contra esta especie de complot austriaco trabajaban las Madamas y sus familiares y grandes señores como Richelieu, adversarios de una alianza que había valido á Francia tantas humillaciones como beneficios al Austria. Choiseul, Beauvau, Besenval y Grammont manteníanse fieles al pacto de 1756, pero hasta un amigo íntimo de Choiseul, Rayneval, convenía en que la alianza de 1756 había desviado «y trastornado el sistema de Europa en perjuicio nuestro.» Finalmente los antiguos agentes de la diplomacia secreta, Favier y Broglie, aconsejaban la ruptura de «la alianza» como único medio de «salir del letargo» y de restituir á Francia, con nuevos aliados, su preponderancia de otros tiempos.

Vergennes quería emancipar la política francesa de toda sujeción respecto de Austria, pero evitando un rompimiento, y aunque por deferencia á María Teresa fué destituido el embajador en Viena, de quien se quejaba Kaunitz, y substituido, en diciembre de 1775, por Breteuil, Vergennes declaró á éste que quería volver «la alianza» á su objeto defensivo y hacer «de un sistema austriaco» «un sistema francés.» Se ayudaría á Austria á conservar todo lo que poseía, pero se haría oposición á todo engrandecimiento en Alemania, subordinando «la alianza» á la integridad de los Estados secundarios. Luis XVI no pensaba, por otra parte, en

(1) Véase vol. precedente págs. 542 y 547 y pág. 194 de éste.

volver sobre el reparto de Polonia porque declarándose «vengador de los ultrajes inferidos á los derechos de la justicia y de la propiedad» habría provocado seguramente una guerra general; así es que dejó, sin protestar, que se concertasen todos los arreglos relativos al reparto, en marzo de 1775 y en febrero y agosto de 1776, y no se opuso ni á la anexión de Azoff por los rusos, en virtud del tratado de Kainardji, ni á la de la Bukovina por los austriacos en mayo de 1775. Vergennes, empero, trabajó para agrupar los Estados secundarios con mira á una política defensiva: en Italia, estrechó la alianza entre Francia y Génova y concertó el matrimonio de la hermana de Luis XVI, madama Clotilde, con el hijo del rey de Cerdeña, Víctor Amadeo III, cuyas hermanas se habían casado con los condes de Provenza y de Artois; en Alemania, en donde Sajonia era nuestra aliada desde la boda de María Josefa con el delfín, hijo de Luis XV, logró captarse la amistad del duque de Dos Puentes y del Elector palatino, señalándoles pensiones, hizo distribuir regalos, destinos y grados militares á pequeños príncipes que votaban en la Dieta y trató de conquistar á los electores eclesiásticos; en el Norte, apoyóse en Suecia, en donde Gustavo III acababa de restaurar, con la ayuda de Francia, la autoridad monárquica, y se esforzó por vivir en buenas relaciones con Holanda; y por último hizo discretas insinuaciones amistosas á Prusia y á Rusia. Todo esto significaba renovar contra Austria, que había llegado á ser temible, la política del tiempo en que era ella la principal enemiga de Francia.

En Berlín, las insinuaciones de Francia hallaron buena acogida. Federico se había entendido con Austria para los repartos de Polonia, pero no podía ser su aliado duradero, pues tenía que proteger contra ella á los príncipes por ella amenazados, defender «las libertades germánicas» y conservar lo que había adquirido. Para nuevos engrandecimientos por el lado de Colonia, contaba con la amistad de Rusia, y le seducía la idea de reanudar su amistad con Francia, de hacerse intermediario de una aproximación franco-rusa y de sacar partido de Francia como de Rusia contra Austria. Su embajador de Goltz era íntimo de Maurepás y muchos franceses eran partidarios de la alianza del rey de Prusia: los Filósofos, sus enemigos de los primeros tiempos, muchos historiadores y publicistas, como Duclós y Mably, políticos como Favier y diplomáticos como Broglie. Imaginábase una Prusia aliada natural de Francia, que renunciaba á la alianza rusa, se aliaba con Suecia, protegía á los turcos y á los polacos, mantenía el equilibrio germánico y ayudaba al establecimiento de un protectorado francés en el imperio. Vergennes, sin embargo, no se hacía estas ilusiones, sino que, por el contrario, decía á Luis XVI que Federico era «sabio en el arte de sembrar la ilusión y el prestigio,» «amante celoso y furioso» de Rusia, y que lo único que quería era hacer reñir á Francia y Austria. Era, pues, necesario ser muy prudente en sus relaciones con él; pero era también preciso guardarse de querer debilitarle, porque, puesto en el flanco de Austria, la mantenía «en nuestros lazos» y en cambio si su potencia era destruída, no habría «ya dique alguno contra la ambición austriaca.»

Para dislocar la triple alianza, Vergennes se propuso

lograr una aproximación con Rusia. Catalina II no amaba á Francia, que había intentado impedir todas sus empresas, y su gabinete era partidario del «sistema del Norte,» es decir, de la alianza con Prusia é Inglaterra. Desde 1772, Francia no tenía en San Petersburgo más que un encargado de negocios. Vergennes dejó entender á Rusia que se resignaba con el reparto de Polonia y que sólo pedía el mantenimiento del *statu quo*, é inició negociaciones por mediación de Lauzún, á quien una intriga amorosa llevó á Varsovia. Catalina acogió bien aquellas insinuaciones y un nuevo embajador, Juigné, fué, en su consecuencia á San Petersburgo con la misión de reconciliar á las dos cortes, firmar un tratado de comercio é impedir los reclutamientos de tropas que los ingleses realizaban en territorio ruso. Juigné no obtuvo resultados inmediatos, pero preparó una inteligencia.

El emperador, mientras, ponía en ejecución sus proyectos, invadiendo, en 1775, la Bukovina y la Moldavia. Breteuil hizo comprender á la corte de Viena que Francia garantizaría á Turquía la integridad de su territorio y que se opondría á toda adquisición de Austria en Alemania. El caballero de La Luzerne fué enviado á Munich con encargo de vigilar los manejos austriacos, en tanto que Rulhiere, enviado cerca de Federico, exponía á éste lo que se denominaba «nuevo sesgo de la alianza de 1756,» es decir, cómo esta alianza quedaba subordinada á una política de equilibrio y de *statu quo* territorial. Federico afirmó que sus intereses y los de Francia estaban de acuerdo.

El emperador quiso reanimar la alianza haciendo un viaje á Francia en la primavera de 1777, y al efecto escribió á Luis XVI para expresarle la «alegría» que tendría de verle y decirle «muchas cosas que no pueden escribirse.» Alegróse de ello la reina, aun temiendo los sermones de su hermano, pues desde Viena la reñían á menudo, y los amigos de Choiseul redactaron para ella una memoria sobre «la necesidad de una unión estrecha entre las casas de Austria y de Borbón;» pero Luis XVI y sus ministros sabían que el emperador quería inducir á Francia á tolerar la anexión de Baviera y una nueva desmembración de Turquía, cediéndonos Austria una parte de los Países Bajos. Esta proposición de un engrandecimiento en los Países Bajos era muy tentadora y por un momento sedujo á Vergennes, quien, según parece, en una entrevista confidencial, admitió la idea de una inteligencia con José II si éste nos cedía todas sus provincias belgas; sin embargo esta idea indudablemente no hizo más que cruzar por su mente, pues la adquisición de los Países Bajos habría determinado un rompimiento con Holanda y con Prusia; así es que seis días antes de la llegada del emperador, exponía ante el Consejo la necesidad de volver «la alianza á su objeto defensivo, de apoyar al partido prusiano en Alemania, de apartar el espejismo de los Países Bajos y de permanecer fieles á la política de desinterés y paz.»

José II, que viajaba con el nombre de conde de Falckenstein, llegó á París el 18 de abril, hospedándose en casa del embajador Mercy, y al día siguiente estaba en Versalles. No escaseó las advertencias á María Antonieta, aconsejándole que se mostrase muy deferente con su marido; manifestóse cordial y sencillo con los príncipes; multiplicó las atenciones para con Maurepás

y Vergennes; para halagar á la magistratura hizo una visita al Parlamento, cual si se tratase de una gran potencia, y habló mal de Maupeou y de Terray; y para hacerse grato á los Filósofos asistió á las sesiones de las academias y se negó á ver en Nuestra Señora las santas reliquias. Los parisienses quedaron encantados de su sencillez, del interés que mostró por las artes útiles, de su beneficencia y de su caridad; pero con todo esto no sacó de su viaje ningún provecho político. El rey, á la llegada de su cuñado, mostróse muy molesto; la especie de popularidad parisiense que el emperador se vanagloriaba de haber alcanzado, causábale asombro é impaciencia, y siempre que aquél quería abordar la política le hallaba «acorazado.» Por otra parte, el conde de Provenza, las princesas y Maurepás se pusieron de acuerdo para dejar solos lo menos posible al rey y á la reina con aquel «gran formulador de protestas» que, bajo una apariencia de franqueza, no quería, según frase del conde de Provenza, «más que sacar los secretos de los demás» y «disimular los propios sentimientos.»

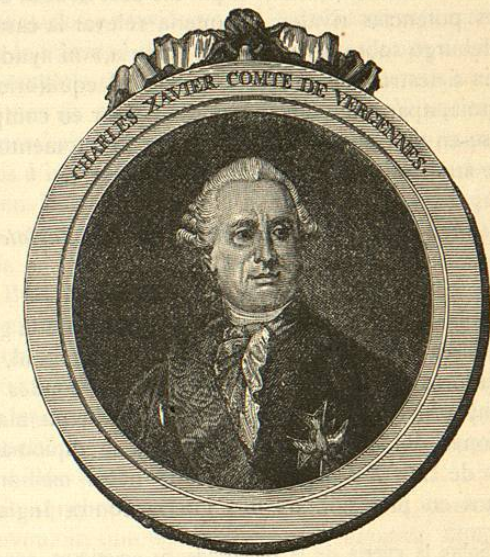
Al cabo de un mes y medio, José II intentó tener una conversación con Vergennes; pero éste le declaró que un rey de veintidós años no podía comenzar su reinado con una guerra de ambición. Y habiendo el emperador objetado que es difícil conservar siempre la paz y que, por otra parte, Francia nada tenía que temer mientras durase la «alianza,» replicóle Vergennes: «Me atrevo á asegurar á Vuestra Majestad que la casa de Austria tampoco tiene nada que temer mientras nuestra alianza subsista.» José salió de Versalles malhumorado y desengañado.

La inteligencia entre Francia y Prusia se estrechaba. En mayo de 1777 decidióse que el marqués de Jaucourt se reuniese con Federico en las maniobras de Pomerania, y en Stuttgart se celebraron conferencias secretas de las que el enviado francés trajo la seguridad de que Prusia se prestaría á contener la ambición de Austria, lo mismo por la parte de Turquía que por la de Baviera, y la promesa de su benévola neutralidad en el caso de que estallara una guerra entre Inglaterra y Francia. Esta promesa era tanto más preciosa, á los ojos de Vergennes, cuanto que éste estaba en vísperas de unirse á los americanos sublevados contra Inglaterra y tenía vivísimos deseos de no hacer la guerra sino por mar.

En el entretanto, el gabinete de Viena trataba de asustar al de Versalles, dando á entender á Breteuil que Austria sería indulgente para las «coqueterías» de Francia con Rusia, pero intratable si Francia llegaba á ser la aliada de Prusia y hasta dejando suponer que Austria é Inglaterra podrían venir á un acuerdo. A esto contestaba Vergennes que la política francesa seguía descansando sobre la alianza de Austria, pero que puesto que entre aliados todas las cosas debían ser iguales, no era justo que el uno acaparase todos los beneficios «mientras el otro tenía todas las cargas.»

A pesar de todo, José II persistía en sus propósitos. Muerto el elector de Baviera en 30 de diciembre de 1777, consiguió del heredero más próximo, el elector palatino Carlos Teodoro, que en 3 de enero de 1778 renunciase á una parte del territorio bávaro, é inmediatamente ocupó los distritos cedidos. Entonces los pru-

sianos se concentraron en la frontera de Bohemia y el emperador reclamó de Francia los socorros estipulados en el tratado de 1776; pero Vergennes indujo al Consejo á decidir que se haría todo lo posible para evitar una guerra continental, y el medio más seguro para ello era declinar toda proposición de engrandecimiento, pues con esta condición podrían negarse á Austria los auxilios que pedía, con lo cual se la paralizaría y se impediría, al mismo tiempo, la formación de una coalición protestante dirigida por Prusia. Conservando el equilibrio entre los prusianos y los austriacos, el rey de Francia podría hacer inclinar la balanza á su antojo. Mercy hizo protestas «de la moderación de Su Majes-



El conde de Vergennes

tad Imperial;» pero Luis XVI se mantuvo firme y aun se atrevió á decir á la reina: «La ambición de vuestros padres va á trastornarlo todo; comenzaron por la Polonia y ahora Baviera es el segundo tomo; lo siento mucho por vos.»

En 24 de marzo de 1778, Breteuil leyó á Kaunitz una «nota verbal» en la que se declaraba, de una manera franca, que las relaciones entre Inglaterra y Francia «no permitían á Su Majestad adoptar otro partido que el de la neutralidad en la guerra que pudiera estallar en Alemania» y que, por otra parte, después «del más atento y escrupuloso examen de los compromisos de la alianza,» «no podía reconocer el *casus fœderis* en la circunstancia presente.» Kaunitz no quiso oír más y se negó á dar cuenta á la emperatriz del contenido del despacho, á no ser que se lo entregasen por escrito, á lo que Breteuil no accedió.

María Teresa había escrito ya á María Antonieta, en 1.º de febrero, que «un cambio en nuestra alianza» le «produciría la muerte,» y siguió apremiándola para que no dejase de intervenir. En Versalles, Mercy dictó á la reina palabra por palabra lo que había de decir, por miedo de que lo «vistiese á su manera,» y la reina vió, en 16 de abril á Maurepás y á Vergennes, quienes opusieron á una guerra continental el estado de la hacienda. Entonces recurrió al rey, el cual le explicó que «la parte de Baviera reclamada por Austria no podía estar comprendida en las posiciones garantizadas por

el tratado de alianza. Pero las lágrimas de María Antonieta turbaban a Luis XVI y en aquel momento anunció un embarazo, el primero, que dió más autoridad a la reina. En 26 de abril, Vergennes expidió al gabinete de Viena otra nota, más suave, en la que le informaba de que el gabinete de Versalles había intervenido cerca del rey de Prusia para inducirle a entrar en los arreglos propuestos por María Teresa a fin de evitar la guerra; pero la nota nada decía «acerca del reconocimiento del *casus foederis*», según hacía observar Kaunitz, no obstante lo cual éste esperaba que Francia podría ser impulsada a declararse si ocurría un rompimiento definitivo entre Austria y Prusia.

Luis XVI estaba resuelto a permanecer neutral entre las dos potencias rivales; no quería «elevar la casa de Brandeburgo sobre las ruinas de Austria», ni ayudar a Austria a destruir en provecho propio el equilibrio de Alemania, aparte de que no podía pensar en comprometerse en una guerra en Europa en el momento en que se anunciaba un conflicto con Inglaterra.

### III. — La preparación de la guerra contra Inglaterra (1774-1778) (1)

Francia quería unánimemente el desquite de la guerra de Siete Años. Desde los tiempos de Choiseul, los embajadores de Francia en Londres, los condes de Guerchy y del Chatelet, vigilaban las primeras manifestaciones del conflicto americano, y la diplomacia secreta de Luis XV había acumulado notas, memorias y planos en previsión de una guerra contra Inglaterra.

(1) Sobre la guerra de la Independencia americana, consúltese, además de los documentos y de las obras generales indicados en el comienzo del capítulo;

FUENTES: *Histoire de la participation de la France à l'établissement des États-Unis d'Amérique, correspondance diplomatique et documents*, pub. por Deniol, París, 1886-92, 5 vol. Correspondencia de Jefferson en *Jefferson's complete Works*, Nueva York, 1853-54, 2 vol. Lafayette, *Mémoires, correspondance et manuscrits*, París, 1837-38, 6 vol. Rochambeau, *Mémoires militaires, historiques et politiques*, París, 1809, 2 vol. *Correspondance et écrits de G. Washington*, pub. por Jared Sparks, trad. fr., París, 1851. Franklin, *Works*, pub. por Jared Sparks, reed., Londres, 1881, 10 vol. *Correspondance politique et littéraire de B. Franklin (1753-1790)*, París, 1817. *The Life of B. Franklin, written by himself*, nueva ed. por Bigelow, Filadelfia, 1875, 3 vol. *The Diplomatic Correspondence of the American revolution*, pub. por Jared Sparks, Boston, 1829-1830, 12 vol. *Facsimiles of manuscripts in European archives*, pub. por Stevens, Londres, 1890.

OBRA DE CONSULTA: Las *Historias de los Estados Unidos* de Bancroft (trad. fr. de Circourt), París, 1876, 10 vol., y de Moireau, París, 1892, 2 vol. Winsor, *Narrative and critical history of North-America*, t. VI y VII, Boston, 1888. Charavay, *Le général Lafayette*, París, 1898. *Le marquis de Lafayette et la Révolution d'Amérique*, París, 1903. Noailles (vizconde de), *Mémoires et soldats français en Amérique pendant la guerre de l'Indépendance des États-Unis (1778-1783)*, París, 1903. De Witt, *Histoire de Washington*, París, 1859. Deniol, *Les préliminaires de l'intervention de la France en Amérique*, en el tomo CXIX de «Seances et trav. de l'Ac. des sc. mor. et pol.» E. Hale, *Franklin in France*, Boston, 1887, 2 vol. Los artículos biográficos de los principales personajes americanos e ingleses en la *Library of American Biography*, Fitzmaurice, *Life of Shelburne*, Londres, 1876. Parton, *Life of Franklin*, Nueva York, 1864, 2 vol.

Una bibliografía más minuciosa hállase en Bushnell Hart y Channing, *Guide to the study of American history*, Boston, 1896, y en el tomo VII, cap. X de la *Histoire générale*, publicada bajo la dirección de Lavissee y Rambaud, 2.ª ed. 1910.

rra (2). Vergennes creía esa guerra inevitable: Inglaterra, pensaba, la desea porque ve «con envidiosa codicia el prodigioso desarrollo de nuestras plantaciones en América y de nuestra industria en Europa; y si algo la contiene é impone es la representación de Francia y de España, la seguridad de que el primer cañonazo que dispare contra la una será contestado por las dos.»

Pero Vergennes sabía que una guerra con los ingleses sería más temible de lo que se figuraban ciertos publicistas de la escuela de Rousseau, quienes pintaban a Inglaterra al borde de su ruina, á causa de la mala vida de sus clases altas, de la corrupción de su Parlamento, de las violentas luchas entre los partidos políticos, de la turbulencia salvaje del populacho y de la irreductible oposición de los irlandeses; la comparaban con Polonia y anunciaban que la insurrección de las colonias ocasionaría el derrumbamiento del imperio británico. Vergennes, antes de comprometerse, quería estar seguro de las fuerzas navales de Francia, contar con el concurso de España, no tener que inquietarse por lo que se refería al continente y saber en qué pararía el conflicto entre las colonias y la metrópoli.

Hasta la guerra de Siete Años, los ingleses habían aplicado blandamente a sus colonias de América el monopolio comercial é industrial que siempre se habían reservado, y los colonos admitían que la metrópoli fijase como quisiera los derechos de entrada y salida de las mercancías, aunque, en realidad, se abstendían lo más posible de pagarlos. La extensión enorme de las costas hacía fácil el contrabando, calculándose que Inglaterra gastaba de siete á ocho mil libras esterlinas para no percibir más que mil ó dos mil por derechos de aduana. Después del tratado de París, Jorge Grenville, que había sido nombrado primer ministro, organizó la vigilancia y la represión del fraude y quiso además que, mediante el establecimiento de impuestos interiores, contribuyesen las colonias á las cargas, tan pesadas, de Inglaterra. Ahora bien, como la constitución inglesa prohíbe cobrar el menor subsidio del pueblo inglés sin el consentimiento expreso de sus mandatarios, los colonos protestaron diciendo que el Parlamento metropolitano, en donde ellos no estaban representados, no podía obligarles al pago de los impuestos. El ministerio hizo caso omiso de aquella protesta é hizo votar, en 1765, el *Stamp Act* que imponía el papel sellado, y entonces, por invitación del Massachusetts (3), en donde imperaba el espíritu puritano y democrático, los delegados de nueve colonias se reunieron en congreso en Nueva York y negaron al Parlamento el derecho de imponerles contribuciones. Aquel acuerdo de unas colonias, de espíritu, costumbres y sentimientos tan distintos, era alarmante; el ministro Rockingham retiró en 1766 el *Stamp Act* pero hizo votar al mismo tiempo que el Parlamento podía dictar leyes obligatorias para las colonias. En 1767, Townshend, secretario de las Colonias en el ministerio Chatham, teniendo en cuenta la distinción hecha por los americanos entre los impuestos interiores y los exteriores, estableció derechos sobre el vidrio, el papel, el te y otros muchos productos ó mercancías á su entrada en América. Los

(2) Véase volumen precedente pág. 529.

(3) Véase volumen anterior pág. 470.

americanos entonces negaron hasta el derecho de percibir impuestos aduaneros, y lord North derogó los derechos, bien que conservando, para mantener el principio, el que gravaba el te.

Los opositores se prohibieron el uso del te y en Boston, capital del Massachusetts, unos cincuenta hombres resueltos arrojaron al mar, en 16 de diciembre de 1773, sin que la policía local interviniera, varias cajas de te llevadas por tres buques de la Compañía de las Indias; en vista de lo cual el gobierno inglés ordenó que se cerrase el puerto de Boston, á partir de 1.º de junio de 1774 y hasta tanto que los culpables fuesen castigados, modificó la carta del Massachusetts, nombró gobernador de la colonia al general Gage y puso una guarnición en aquella ciudad.

Estas medidas, que hacían sufrir á toda una población las consecuencias de la violencia de unos cuantos desconocidos, causaron indignación general. De trece colonias, doce nombraron delegados que se reunieron el 5 de septiembre de 1774 en Filadelfia, y aquel congreso, en manifiestos al rey y al pueblo inglés, protestó de la perfecta lealtad de los americanos, pero al propio tiempo enumeró en términos elocuentes los derechos y los agravios de éstos, y decidió, antes de separarse, la reunión de otro congreso en 1775, á no ser que antes recibieran los colonos satisfacción.

Firmóse un «Covenant» que obligaba á sus adheridos á abstenerse de toda relación comercial con la Gran Bretaña. El populacho manifestaba sus sentimientos á su manera maltratando á los partidarios de la política inglesa ó «lealistas», como se les llamaba; y mientras la mayoría de los hombres que dirigían las asambleas coloniales se resistía á una ruptura con Inglaterra, los violentos estaban decididos á ella y obraban en consecuencia.

El gobierno de la metrópoli, apoyado por la opinión pública, persistía en su intransigencia y en 25 de agosto de 1775 una proclama del rey Jorge III declaró rebeldes á los colonos. Los separatistas de América, que habían ganado terreno, expulsaron de los gobiernos locales á la mayoría lealista; las milicias empuñaron las armas, y ochocientos soldados ingleses enviados por el general Gage para apoderarse de un almacén de armas en Concord, á diez y ocho millas de Boston, fueron, á su regreso, atacados en Léxington, en 19 de abril de 1775, y á duras penas pudieron escapar. Aquella fué la primera sangre que se derramó. El día 10 de marzo inauguróse el nuevo congreso de Filadelfia, al que habían acudido delegados de las trece colonias, y envió socorros al Massachusetts, organizó la defensa, reclutó tropas y nombró oficiales generales y un generalísimo, Washington, que había mandado las milicias americanas durante la guerra de Siete Años. Al mismo tiempo, el congreso siguió protestando de su fidelidad al rey y á la metrópoli, pero la ruptura se aproximaba.

En noviembre de 1775, el congreso eligió un comité, encargado de sostener correspondencia con los «amigos de América y de otros países», el cual, á pesar de sus prevenciones contra Francia y de los recuerdos de la guerra de Siete Años, envió un agente, Silas Deane, para cerciorarse de las disposiciones del gabinete de Versalles y pedirle armas y dinero. Los americanos, al tener noticia de que los ingleses alquilaban en Alema-

nia tropas para combatir á los colonos, se indignaron de que la metrópoli les amenazara con una invasión de mercenarios, y el congreso proclamó la independencia de las colonias y votó, en 12 de junio, la «Declaración de los derechos» que tanta emoción produjo en Europa y en la que se leía:

«La naturaleza ha hecho á todos los hombres igualmente libres y les ha dado derechos absolutos de los cuales no pueden, cuando entran en estado de Sociedad, privar á su posteridad por ningún contrato: estos derechos se refieren á la vida, á la libertad, á los medios de adquirir y de conservar la propiedad y de perseguir y obtener la dicha y la seguridad.—Todo poder deriva del pueblo, de quien los magistrados son sólo mandatarios y servidores.—Un gobierno está instituido para la felicidad del pueblo; si no responde á este fin, una mayoría del pueblo tiene derecho de abolirlo.»

Antes de que Silas Deane llegara á Versalles, Vergennes había decidido ya facilitar, por bajo mano, auxilios á los colonos. Era entonces embajador de Francia en Londres el conde de Guines, pero Vergennes, que no se fiaba de aquel personaje elegante y decididor, tenía en Inglaterra agentes secretos, uno de los cuales era Beaumarchais, que había adquirido muchas relaciones en el mundo de la política y de las letras y entre los mangoneadores de negocios. Pues bien, en una memoria de 25 de septiembre de 1775, Beaumarchais dijo que las colonias estaban irremisiblemente perdidas para la metrópoli y aconsejó que se prestara secretamente un millón á los rebeldes.

En aquel momento dirigíase á América un ex oficial, Bonvouloir, que, so capa de una empresa comercial, había de informarse de las fuerzas de los «insurrectos», ponerse en relación con su comité de correspondencia y prometer, en caso necesario, la benevolencia de Luis XVI. Y para disimular sus manejos el gabinete de Versalles ordenaba que se persiguiera á los contrabandistas que introducían en América armas y municiones.

Vergennes, que negociaba con España á fin de asegurarse su concurso en virtud del pacto de familia, tuvo por este lado las mayores dificultades. Aranda, embajador de España en París, aconsejaba á su gobierno que ayudase á los americanos pero, al mismo tiempo, que se anexionase el reino de Portugal, con quien España hallábase en conflicto por la posesión de un territorio situado en la orilla derecha del río de la Plata, enfrente de Buenos Aires, y prometía á Francia el Brasil, posesión portuguesa, si aceptaba esas combinaciones. Vergennes hizo comprender al gobierno de Madrid que ante todo era preciso «preparar la guerra» y esperar á que los ingleses estuvieran «sumidos en la guerra civil», y destituyó al embajador en Londres, conde de Guines de quien se quejaron los españoles porque, sin autorización, había declarado al ministro inglés primero y luego á Masserano, embajador español en Inglaterra, que en la contienda hispano-portuguesa Francia no ayudaría á España si Inglaterra no ayudaba á Portugal (1).

Vergennes que seguía obrando bajo mano, negó á Silas Deane, llegado á Versalles en julio de 1776, las

(1) Véase anteriormente, pág. 213.